

# ESTEBAN GRECIET

## PREGÓN DE SEMANA SANTA

OVIEDO 2001

ILMO. SR. CONCEJAL REPRESENTANTE DEL SR. ALCALDE, SR. PRESIDENTE DE LA JUNTA DE HERMANDADES Y COFRADÍAS, SEÑORAS, SEÑORES:

Muchas gracias por las amables palabras que se han dicho y, sobre todo, por haberme confiado la grata responsabilidad de pregonar la Semana Santa de Oviedo.

Permítanme ustedes, para empezar, proponerles un viaje. Un viaje, aproximadamente... virtual, que tanto se lleva.

Como si dijéramos, una especie de peregrinación a las fuentes y al recuerdo, antes de retornar a las calles de nuestra ciudad, donde estamos citados para glosar los actos "externos", por así decir, de la próxima Semana.

Podríamos, si les parece, ir en busca de un pasado perdido y de unas claves olvidadas. Volemos, pues, a bordo de la fe y de la fantasía, hacia un primer destino, lejano, si se quiere, en el espacio y en el tiempo, aunque para nosotros alcanzable... con la imaginación.

Que no nos desanimen las distancias. Mucho más remotas tenemos las estrellas y, si el tiempo lo permite, están a simple vista cada noche.

Bien. Situémonos a la orilla del mar, costa sur de Grecia, zona de El Píreo. Estamos en una soleada mañana, mediado el siglo primero. En el horizonte azul se perfila el velamen de un navío que se acerca: va a ser, sin duda, el desvencijado correo de Tesalónica, que atraca poco después entre el bullicio de la gente. Varios pasajeros saltan a tierra, mercaderes seguramente, de los que destaca un tipo curtido, de ojos vivos y ademán resuelto, que, junto a dos de los suyos, toma sin tardar el camino de Atenas "centro ciudad".

No le perdamos de vista: así podremos enterarnos de su pasado turbio, incluso violento, del que ha renegado, al parecer, de modo radical, con la misma pasión de todos los conversos, como los que dejamos de fumar. No ha de ser propiamente comerciante, pero fabrica tiendas de campaña. Presume de ser judío y, a la vez, romano. Dice llamarse Pablo, nacido en Tarso.

Al paso, en una plaza, fija la vista en un altar con una extraña figura que lleva esta leyenda: "AL DIOS DESCONOCIDO". No necesita más, pues al día siguiente, en el

Areópago, restallan sus palabras: **"Ese Dios que veneráis sin conocer es el que os anuncio"**.

Pablo dotaba así de contenido, sentido y dignidad la representación icónica de lo divino, de lo trascendente. Pero poco después, en Éfeso, planteaba el reverso de la misma moneda: la mítica Artemisa, hija de Zeus y hermana de Apolo, fue por él mismo desacreditada como diosa, provocando el motín de los orfebres que con su imagen obtenían beneficios de forasteros y creyentes. San Pablo, en este caso, rechazaba la explotación de un ídolo.

Sabido es que en los primeros tiempos sólo se veneraban las imágenes del Salvador y, precisamente, de su Pasión. El Judaísmo y el Islam prohibieron las representaciones sagradas. Y en el siglo VIII surgió el conflicto de los iconoclastas, Roma-Constantinopla, causante de polémicas y mártires.

El arte sacro tiene una misión, no sólo cultural, sino también pedagógica y catequética. Cada pieza tiene su espacio, su función y su mensaje, y en estas coordenadas hay que situar la imaginería procesional semanasantera.

El Concilio establece que ha de mantenerse "la práctica de exponer (...) imágenes sagradas a la veneración de los fieles (...) con moderación", además de una acción didáctica y formativa. Y el Nuevo Catecismo señala que "la imagen es un signo que expresa algo más que su mera materialidad (...)"• La imagen nos remite a lo fundamental, al "Logos", al Verbo, a la Palabra, cuya celebración también es sustancial.

Contaba doña Dolores Ibárruri, en una entrevista, que de joven había perdido la fe al quebrarse el brazo de una imagen que limpiaba en su parroquia bilbaína y comprobar así que era de cartón piedra. Fe, pues, más quebradiza que la propia escayola.

Se nos advierte contra la superstición, el fetichismo, la idolatría y la magia. La piedad popular será fértil siempre que purifique su sentido profundo. Y sus expresiones externas servirán en cuanto prolonguen los ritos litúrgicos con arreglo a las tradiciones próximas y culturales de los fieles.

Trasladémonos ahora, por la SENDA DEL RECUERDO, al final de una época que a muchos nos tocó vivir. Un tiempo apasionante y controvertido, de entrega de testigo, el final de un régimen político, de un modo de vida, los cambios del Concilio, con interpretaciones unas veces estrictas y otras laxas, entre ellas una cierta iconoclastia que, en lo que hoy nos convoca, ha durado más de un cuarto de siglo, lo que ha servido sin duda para una cierta purificación de intenciones.

Muchos se fueron en aquellos años. Y algunos no volvieron nunca más. Quiero recordar los versos de quien era entonces un joven compañero de tertulia literaria, Virgilio Garsaball, poeta que prometía mucho (muerto poco después, violentamente, en Francia, víctima de sus propios ideales) y que en su único libro ("Universo interior") mereció un elogioso prólogo de Emilio Alarcos:

*Éramos una mala compañía,*

*paseábamos de noche*

*con los mineros sin mina (...).*

*Dejamos de ir a la iglesia*

*sin Dios, comunión ni misa.*

*Y el dinero de los santos*

*-porque ya no lo precisan-*

*lo gastábamos en vino*

*pero también en cuartillas...*

Fueron tiempos de comprensible desconcierto, para unos (sin Dios, comunión ni misa) y para otros que, acaso por gracia o por azar, a trancas y barrancas, intentábamos continuar por las cercanías del redil...

Y, antes de lo que el cambio se llevó, ¿cómo era aquella Semana Santa del Oviedo de nuestra infancia?... Palmas y laureles del Domingo de Ramos que se llevaban a las madrinas y se ponían después, como sacramentales, en las cabeceras de las camas o en los balcones. La procesión de la Borriquilla marcaba la mañana de la jornada dominguera, propicia para estreno de indumentos. Paseo por el Campo San Francisco, bullicioso de gentes y de músicas.

Tras los Maitines del Miércoles Santo, se conservó algún tiempo la bárbara costumbre de "matar judíos" con ruidos de carracas. Ya la Cuaresma era más rigurosa de ayunos y abstinencias, ejercicios, predicaciones, los 33 credos de Santo Domingo... En seguida, velos morados ante las imágenes.

Jueves Santo, día fuerte. Recuerdo los oficios en San Juan, la Cena del Señor, el templo bizantino hecho un ascua de luz, muchedumbre, uniformes, nubes de incienso y crepitar de cirios, espléndidos motetes de la Capilla Santa Cecilia a toda orquesta... ¡Inolvidable!...

A la tarde, visitas a los siete monumentos, mujeres con mantilla a la española, animación total en las calles de Vetusta, chicos y chicas que "refrescan" unos por otros, encuentros ilusionados con pretextos piadosos... Y el Viernes, silencio total, sin músicas, sin coches, sin cines y sin bailes. Jornada negra y expectante.

Procesiones multitudinarias, excesivas de gentes, clérigos, niños, soldados, seminaristas; músicas y tambores; banderas, estandartes y pendones... Ex Cautivos, a cara descubierta, con sus vistosos hábitos; el Nazareno, el Entierro, y allí, solemne, solitario, con su farol, su largo hábito blanco y su sombrero de plumas, el único Caballero del Santo Sepulcro que teníamos en Asturias.

En aquellos lejanos tiempos, hacíamos a Jesucristo resucitar el Sábado, llamado de Gloria, día propio de estrenos de teatro y recogida de agua bendita; agua, como quien dice, de solera, igual que los vermutos, porque al menguar, y con agua corriente, se rellenaba el frasco. Con ella, en muchos pueblos, se bendecía la casa con fórmulas arcaicas y maravillosas: **"Fuera ratos, fuera sapos, fuera cuélebres y diaños, salid mala condición, que aquí traigo agua bendita del árbol de la Pasión"**.

Y en la Pascua, el esperado "bollo" de los padrinos para los pequeños: la tarta, la "mona", el huevo de chocolate, el obsequio en fin.

La participación que este año tendrán nuestras Hermandades del Nazareno y de Jesús Cautivo en la Semana de León me anima a evocar en un minuto las Semanas Santas que me ha tocado vivir de cerca: Valladolid, 20 cofradías y casi 40 "pasos", museo andante de Juan de Juni o Gregorio Fernández, con sus Yacentes patéticos, sus Vírgenes desoladas y las Siete Palabras en la Plaza Mayor.

¿Cómo no recordar la tremenda Semana Santa de Cuenca y aquella procesión impresionante y polémica de "Las Turbas", llamada "de los borrachos", en la madrugada del Viernes, que algún obispo trató de suprimir sin conseguirlo? Me glorió yo de ser Hermano Mayor Honorario de una de sus más ilustres Hermandades.

¿Y cómo no rememorar, con todo afecto y no poca añoranza, la Gran Semana de Zamora, que es aconsejable conocer y vivir?, el juramento ante el Cristo de las Injurias, el Miserere en la Plaza de Viriato, el "paso" llamado del "Cinco de copas" al compás de la marcha de Tálber?...He sido, hace unos años, pregonero de la Semana zamorana, de algún modo hermana de la nuestra, pues son muchos los zamoranos que aquí viven y que hoy nos acompañan, a los que agradezco en el alma su presencia (y para los que me atrevo a pedir un aplauso)...

Es un poeta zamorano, y amigo, Juan Carlos Villacorta, el que canta así la cadencia procesional:

*Ay, el "paso" y su vaivén, /un, dos, tres...*

*El "paso " lleva su ritmo /y no hay compás que perder: /*

*un, dos, tres...*

En aquel pregón, nos tomamos un respiro para aliviar el dramatismo del momento, y recordábamos la histórica "Santa Factura", que muchos conocerán, y que un restaurador de imágenes pasó hace bastantes años a su párroco de El Bierzo, con un montante de siete mil duros, por los trabajos realizados en "pasos" y retablos, con cargos tan curiosos como éstos:

**"Por embellecer a Poncio Pilato y ponerle una cinta en el sombrero, treinta duros... Por pintarle la cola al gallo de San Pedro, quince duros, por vestir a la criada de Caifás, cinco duros... Por corregir los Diez Mandamientos..., colocar dientes a Herodes..., arreglar barbas de un sayón y dos esbirros..., limpiar las orejas a la burra de Balaam..., avivar las llamas del Purgatorio..., encender el fuego del Infierno, poner una cola al Diablo, componer sus pezuñas y mejorar el estado de los condenados, tantos duros". En fin, equis duros, "Por renovar el Cielo, ajustar las estrellas y limpiar la Luna".**

Ciertamente, mucho más habría que restaurar, avivar y corregir en éste nuestro mundo de hoy que en ese Cielo y en aquel Infierno. Y, desde luego, de corregir los Diez Mandamientos ya se encargan cada día bastantes comentaristas de colmillo retorcido.

Si nuestra imaginaria expedición marchara ahora a la búsqueda de los **orígenes cofradieros**, hallaría entre nosotros antecedentes remotos en gremios del siglo XII, con o sin referencias a la vertiente piadosa. En las Ordenanzas de la de alfayates, La Balesquida, encontramos disposiciones tan solidarias como ésta:

*"Otrosí ordenamos que cuando algún cofrade estuviere flaco o enfermo, en cama o en la cárcel, que vayamos a lo visitar y a beber con él dos maravedises de vino".*

Seguramente, las procesiones no surgen con propiedad hasta los siglos XIV y XV. Las cofradías y hermandades ligadas a la Semana Santa aparecerían después, con una evolución paralela a la de la propia sociedad: de lo barroco a lo romántico y a lo burgués, de lo afectivo a lo folklórico, a lo que puso coto y medida el Vaticano II.

Parece que a finales del siglo XVIII había en Oviedo más de 20 cofradías. La más antigua de las actuales sería la del Nazareno, que se remonta al XVII. La del

Santo Entierro es del XVIII si bien existe un antecedente con distinto nombre de un siglo antes. La de Jesús Cautivo cuenta sólo con cinco años de antigüedad, aunque es de algún modo continuadora de la Hermandad de la Merced fundada en los 40 por ex cautivos de la guerra civil.

Nunca fui entusiasta del mero exhibicionismo, y así ha quedado claro en mis artículos en los que no he dicho otra cosa que no basta con quedarse en lo externo y espectacular, sino que las conmemoraciones en la calle han de ofrecer un contenido más allá de lo puramente formal, sin desdeñar los aspectos culturales.

Julio Camba bromeaba sobre la actitud de algunos políticos de izquierda al tolerar procesiones a regañadientes, como si dijeran: **"Aquí va San Roque, señores ingleses, pero sólo porque es una talla antigua de cierto mérito, que si no lo tirábamos al río"**.

A una piedad sencilla sucede otra más madura, ligada a los problemas del momento, de contenido más social, sin renunciar a los legítimos aspectos emocional, tradicional y costumbrista. Y, en fin, con realismo, sin que tengamos que rasgamos las vestiduras por las "benditas vacaciones", como anuncia una agencia de viajes, que se toma mucha gente en estos días.

Y nos queda aún mucho más lejos el tiempo de aquellas procesiones de hace un siglo largo como la que, con indudable acento crítico, retrata Clarín en "La Regenta", cuando, desde el Casino, en la plaza de la catedral, la Vetusta burguesa contempla la procesión del Entierro que desemboca por la calle de la Rúa.

Y en ella, una penitente singular: la mismísima Ana Ozores, a cara descubierta, con túnica morada y pies descalzos, muy visibles, detalle que al escritor parece tan provocador como 50 años después sería la erótica retirada del guante de Rita Hayworth en "Gilda".

Marcha fúnebre, tambores destemplados, hachones encendidos, don Belisario con la cruz a cuestas, y muy cerca, revestido, y triunfante, don Fermín de Pas. Alguien se escandaliza: "Van a enterrar a Cristo sin pensar en Él". Y el pobre Quintanar que gime en el balcón: "Si tuviera una bomba, la tiraría sobre el Magistral". El tiempo ha puesto ya las cosas en su sitio.

Sin duda, la Sagrada Escritura nos presenta las escenas de la Pasión de Cristo con una plástica vivísima y un verismo atroz. Por ejemplo, las del monte de los Olivos, tan detalladas, tan "visibles": la oración del huerto, la llegada del tropel de gente

armada, el beso de Judas, Maleo, la espada de Pedro, el prendimiento...

Luego las idas y venidas de aquella noche terrible, las negaciones, las escenas ante el gobernador romano que Gabriel Miró "pinta" con detalle en sus "Figuras de la Pasión", y en las que Pilato, tras soltar a Barrabás, escuchar con inquietud los escrúpulos de Claudia, su mujer, y lavarse las manos, murmura con lástima la soledad en que a Cristo han dejado los suyos. Y escribe Miró:

**"Cuando ya pasó todo, Poncio subió lentamente los escalones... De cúpulas y umbráculos bajaba un convite de silencio y de siesta. En el azul de dos almenas se recortaba, como un reproche, la blanca figura de Claudia. Pilato, cabizbajo, sumergiéndose en la penumbra de la sala del Pretorio".**

Afirma Gabriel Miró que Jesús mostró su sabiduría porque contestó a Pilato en griego, ya que allí se empleaban tres idiomas: hebreo para la plegaria, latín para la conquista, griego para la cultura.

¡Qué difícil se me hace admitir que ese rostro "construido" por unos osados ingleses, sobre un cráneo cualquiera de un judío de hace 20 siglos y que semeja casi un "australopithecus" del Pleistoceno, se nos quiera hacer pasar por el de Jesucristo!.

Plásticas también, y terribles, las narraciones sobre la Vía Dolorosa, llenas de dramatismo, que los cuatro cronistas evangélicos abordan con maestría informativa, sobriedad de palabras, precisión y detalle, con todos los elementos de la gran Noticia que habría de resonar de siglo en siglo.

¿Dónde estaban, en efecto, sus partidarios, sus amigos?... Apenas queda un puñado de valientes, unas cuantas mujeres, que en aquel entonces contaban tan poco que en el milagro de los panes y los peces se dice que había cinco mil personas "sin contar las mujeres y los niños".

¿Dónde están hoy aquellas muchedumbres que "iban a misa"?... ¿No es verdad que hemos fabricado un cristianismo a la carta, eludiendo responsabilidades, callando por debilidad ante lo que debemos defender?... Ésas y otras parecidas son las soledades y las sombras de este tiempo. Parece que el cielo se oscurece ahora también, como en aquellos versos de mi amiga Marián Suárez:

*Otra vez, como tantas, nos recibe el crepúsculo.*

*En silencio, la piedra conmemora la insania*

*de sabernos más tristes esta noche (...).*

*Es otra la ciudad que nos contempla,*

*nosotros somos otros,*

*temiendo a cada ruta ser más débiles...*

Muere el Maestro, y parece que a los suyos se les acaba el mundo. ¡Está muerto!... ¿Para qué sirve un muerto?... Ángel González, desde otro punto de vista, lo expresa así:

*Los muertos son egoístas:*

*hacen llorar y no les importa,*

*se quedan quietos en los lugares más inconvenientes,*

*se resisten a andar. Hay que llevarlos*

*a cuestras a la tumba (...).*

*Su constante tarea destructiva*

*es por esa razón incalculable.*

*Insensibles, distantes, tercos, fríos,*

*con su insolencia y su silencio*

*no se dan cuenta de lo que deshacen...*

Pero Cristo, aún muerto, seguramente sonreía porque aquellos cristianos incipientes desconocían la gran sorpresa que les preparaba, la excelsa "broma" de la Pascua.

En fin, al modesto pregonero del 2001 le toca proclamar que la Semana Santa de Oviedo se celebra sustancialmente en los templos, pero también al aire libre, y a ella llamo a todos, propios y extraños, creyentes y escépticos, paseantes y turistas, que estén, si puede ser, con los ojos y los oídos del alma limpios de prejuicios. Sea éste el prelude de una Semana Santa a nuestro modo y propia de este tiempo, renovada y testimonial, fraterna y solidaria, popular y vivida.

Ojos, oídos y sentidos todos, espirituales, físicos, para apreciar también la



estética de las escenas, las músicas solemnes, el golpeteo de báculos, los rezos susurrantes, los cánticos corales, el olor del incienso, de laurel o de cera derretida, el lento desfilar de las imágenes, colorido de túnicas, roce de paño nuevo y el impagable decorado de los atardeceres en las antiguas calles de la vieja ciudad.

¿Por qué no evocar, igualmente, el merecido instante de la mesa típica de Cuaresma y Pasión, de tentempiés, pescados de vigilia, los condumios del tiempo, las delicias pascuales?... Vivir es lo que importa, en el alma y el cuerpo. Y recordemos que el propio Redentor resucitado les pidió de comer a los apóstoles.

Dispongámonos, pues, a estar presentes en la ceremonia episcopal y catedralicia del día de Ramos, sepamos cómo es la Misa Crismal del Martes Santo y sus óleos sacramentales, consideremos que el Nazareno de Santo Domingo "procesiona" (¡qué verbo tan curioso y creativo!) el miércoles y, por primera vez, 18 costaleros lo portarán durante el Vía Crucis.

Estrena el Jueves banda de cometas y tambores el desfile de Jesús Cautivo y la Virgen de la Merced, que sacarán a un preso de la cárcel. Viernes de Santo Entierro, como siempre, con el Yacente, la Dolorosa y un Calvario del siglo XVIII, primer grupo escultórico que sale, también por vez primera. Y al día siguiente, el "paso" de la Soledad.

Luego ya, fuego del sábado noche, de Vigilias Pascuales, preludio del gozoso Domingo de Resurrección, la fiesta de la luz y de la vida, jornada de palomas y campanas, de olor a flores, de canto a primavera.

Y si, como propone el Presidente de la Junta, se han de recuperar antiguas cofradías, yo pediría una procesión de la Entrada en Jerusalén el día de Ramos, acaso una Hermandad en torno al Santo Sudario, tal vez otra del Encuentro, con acento mariano, y de Resurrección.

Porque, bien mirado, si Pascua sin Viernes sería triunfalismo, Pasión sin Pascua es sólo sufrimiento, no tendría sentido. Y, por extensión, imágenes sin significado trascendente suponen una mera idolatría. Así lo interpretaba, creo yo, en Atenas y en Éfeso, nuestro amigo el de Tarso, a quien al principio de mis palabras esperábamos en la costa de El Píreo, y para el que, en la misma línea, "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe".

No lo es, por fortuna, y así lo ve el insigne poeta zamorano Claudio Rodríguez, Premio Príncipe de Asturias y prematuramente muerto:

*Siempre ¡a claridad viene del Cielo;  
es un don, no se halla entre las cosas,  
sino muy por encima, y las ocupa (...).*

*Así amanece el día, así la noche  
cierra el gran aposento de las sombras.*

Luces y sombras, Pasión y Pascua, tragedias y venturas que a menudo llegan. Estamos siempre en una encrucijada en la que hay que elegir entre el Dios más o menos conocido de San Pablo o el ídolo hecho a mano de Artemisa.

De la actitud paulina, tendríamos que copiar muchas cosas, pero destaco, para finalizar, su valentía, hoy tan necesaria. Lo digo porque está de moda tomar a la Iglesia y a nosotros, sus miembros, de muñecos de pim-pam-pum. Y urgen gestos testimoniales como los de quienes han puesto de nuevo en pie las manifestaciones externas de la Semana Santa ovetense. Hay que salir a la calle con audacia, con la palabra, con el gesto, con la imagen, con el convencimiento. Alguien me habrá oído citar más de una vez un poema de José Hierro que me impresionó en mi juventud:

*Hay que salir al aire, ¡de prisa!, / tocando nuestras flautas, / alzando  
nuestros soles, / quemando la alegría. / Hay que invadir el día, apresurar el paso, ¡de  
prisa!, / antes de que nos venga /la noche encima. / Hay que salir al aire, / desatar la  
alegría, / llenar el universo con nuestras vidas. /Decir nuestra palabra /porque tenemos  
prisa /y hay muchas cosas nuestras /que acaso no se digan...*

Tenemos superávit de medrosos y déficit de valientes que defiendan valores que hoy no se cotizan: la vida de los niños, la de los ancianos, la familia, la entrega, la justicia, la verdad, la fe, la libertad, lo positivo de la vida ante tanto derrotismo, tanta zafiedad y tanto amargor. Y, para ello, también los creyentes hemos de bajar del monte de la pura práctica a la prosa de la vida diaria.

Que, después de todo, no merezcamos aquel reproche angélico: "... ¿qué hacéis ahí mirando al cielo?".

Queda, en fin, felicitar a la Junta de Hermandades y Cofradías y a las entidades que han colaborado a la organización de los actos. También, dejar constancia del, al parecer, decisivo apoyo municipal y de la "silenciosa aprobación" de la autoridad eclesiástica, curioso concepto expresado por el señor Presidente.

Y a todos ustedes, señoras y señores, muchas gracias por su amable atención y por su presencia.

Estebán Greciet

Escritor